

GFS-212-A18

Con motivo de una boda aristocrática en Algete.



EVOCACION DE DOS GRANDES SEÑORES, ESPEJOS DE LEALTAD.

CARLOS MANUEL FERNANDEZ-SHAW

El "Soto de Manzaneque", lleno de recuerdos en un día luminoso de verano, se ha vestido de gala. "Es un Estado,— decía Madoz hace justamente una centuria,— que dista una legua al Oeste de Algete, y tiene un soto de fresnos y álamos que produce muy finas hierbas de pasto".

Esta condición de las tierras favoreció no poco en el siglo XIX la afición por la ganadería de su ilustre dueño el marqués de Alcañices, duque de Sesto y de Albuquerque; aquel Don José Isidro Osorio y Silva, de perdurable memoria, que fué con Don Antonio Cánovas del Castillo y con el general Martínez Campos factor principalísimo para la Restauración monárquica en la persona de Don Alfonso XII.

En este soto, durante muchos años, reunió Alcañices una gran ganadería caballar, en la que figuraban magníficos ejemplares españoles y normandos y una ~~MANANA~~ "punta" de pura sangre inglesa, que se aclimató merced a los inteligentes cuidados de que supo rodear Don José Isidro su yeguada. Todos los ~~MANANA~~ años, a fines de verano, se celebraba en el soto una gran fiesta, —la del Herradero,— a la que concurren muchas veces Don Alfonso XII, (y luego, andando el tiempo, su augusto hijo Don Alfonso XIII), ganaderos de la talla de los Veragua y Domecq, los Dávissón y Guerrero, y todos cuantos se interesaban por el fomento de la cría caballar en España. También, mucha gente joven, formada, allá en los días de Don Alfonso XII, por mozos del temple y del humor del conde de Benalúa y del conde de la Corzana, que rendían culto a las tradiciones de la finca inventando y organizando bromas que la buena intención disculpaba y de las que solían resultar víctimas los concurrentes noveles a estas fiestas campestres de señorío y campechanía.

=====

¡Qué de recuerdos, en muchos de los invitados a la boda de la marquesita de Arenales con el joven capitán de caballería Don Francisco Maestre y Salinas! Los automóviles que salían de Madrid por la carretera de Francia iban dejando atrás pueblos cercanos: Fuencarral, Alcobendas, San Sebastián de los

Reyes, Algete... Decíamos antes que el "Soto de Manzaneque" se había vestido de gala. No era para menos: se casaba una hermana del actual duque de Alburquerque, marqués de Alcañices y, para presenciarla, se trasladaba a la hermosa finca la sociedad madrileña.

La bella novia, Carmen Osorio y Díez de Rivera, marquesa de los Arenales, es hija del último duque, de grata memoria, Don Miguel Osorio y Martos y de Doña Inés Díez de Rivera y Figueroa, hija de los condes de Almedóvar. Al fallecimiento, en 1909, del duque de Sesto, heredó su sobrino Don Miguel todos sus títulos y bienes, reanudando en la posesión de Algete la tradición de las fiestas hípias. En la memoria de todos están los "paper chases" que en las primaveras del año 20 y el 21 se celebraron allí, figurando entre las amazonas S.M. la Reina Doña Victoria, S.A. la marquesa de Carisbrooke y la actual duquesa viuda de Alburquerque y, entre los jinetes, los Príncipes Raniero, Jenaro y Gabriel de Borbón, hermanos del Infante Don Carlos.

La fiesta de ahora tenía otro carácter. Restaurada totalmente la casa, - que durante la guerra había sido destrozada por los marxistas, - y ampliada hoy con otro cuerpo de edificio, aparecían sus huecos engalanados con los famosos reposteros que conserva la Casa de Alcañices como poseedora también del marquesado, con Grandeza de España, de los Balbases, otorgado el 1621 a Don Ambrosio de Spínola. Estos reposteros, - que son paños con adornos heráldicos que servían antes para cubrir las acémilas portadoras de los equipajes de los grandes señores, - están considerados como los más valiosos de España y han podido ser admirados varios de ellos por los aficionados al Arte en la reciente Exposición de Heráldica celebrada en Madrid. Los rojos terciopelos con cenefas y orlas con motivos guerreros, sobre los que destacan los escudos de los Cueva y los Enriquez o las armas de Spínola, ponían en el campestre escenario de la finca la nota de nobleza inherente al antiguo linaje de la familia. Una alfombra flanqueada por doble guirnalda de flores blancas se extendía desde la casa a la capilla, sobre cuyo altar se elevaba un cuadro con la imagen de Santa Inés.

Por esta alfombra habían de avanzar entre las simpatías de sus amigos los futuros esposos: ella, encantadora, - con rico traje de brocado y velo de encaje antiguo, sujeto con diadema de brillantes, - del brazo del marqués de Gomez de Barrera, tío del contrayente y padrino de la boda; y el novio, perte-

neciente a la distinguida familia sevillana de los Maestre, con el uniforme de gala de su Arma y acompañando a su futura madre política y madrina la duquesa viuda de Alburquerque, tocada con valiosa mantilla de encaje negro. Dos bellas hermanas de la novia, Cristina y Rosario Osorio, vestidas de azul y rosa, caminaban a continuación; cerrando la comitiva los testigos, que eran: por parte de ella, sus hermanos el duque de Alburquerque y Don Miguel Osorio y Díez de Rivera; sus tíos el conde de Almodóvar y el marqués de Orellana; el conde de Heredia Spínola, Don Ramón Díez de Rivera y el marqués de Castrillo; y por parte del novio, sus hermanos el marqués de Cabriñana y Don Antonio y Don Manuel Maestre y Salinas, el Director de la Escuela de Aplicación de Caballería y Equitación del Ejército general Don Julio Ingunza; Don Manuel Salinas, Don Antonio Maestre y Fernández de Córdoba y Don Fernando Gaytán de Ayala.

Bendijo la unión el Obispo de Pamplona Doctor Don Marcelino Olaechea, que pronunció palabras elocuentes y sugeridoras. Luego, el R.P. Lasaga dijo la misa de velaciones.

La contemplación de los ricos reposteros del XVII, primero; la plática del Prelado después, y la sugestión del propio soto, excitaban la imaginación de los concurrentes no jóvenes, que evocaban la figura del duque de Sesto, encuadrándola en los años de la Restauración, ya lejanos. Entonces fué el marqués de Alcañices, en todo momento, símbolo de lealtad y patriotismo. Consumió buena parte de sus bienes en la gran obra de restablecer la monarquía española; y fué su palacio del paseo del Prado y la calle de Alcalá, donde hoy se alza el Banco de España, constante centro de reunión de los más fervorosos leales a Don Alfonso; y después, al lado de éste, como Jefe Superior de Palacio y Mayordomo y Caballerizo Mayor de S.M., su más fiel consejero.

Pero no era este ilustre señor el único evocado al conjuro de la historia de la familia Alcañices. Unido a este título, desde fines del siglo XVII, se halla el ducado de Alburquerque; y nadie ignora que éste fué concedido por el rey Don Enrique IV de Castilla a Don Beltrán de la Cueva, cuyo nombre tantas veces vapuleado por la calumnia, ha sido plenamente rehabilitado por los historiadores modernos. El valido real, que por sus fieles servicios fué favorecido con el condado de Ledesma, el ducado de Alburquerque y otras merce-

des no menos honrosas, no aparece ya ante los ojos desapasionados de la Historia rodeado de las acusaciones que sobre él lanzaron los cronistas contemporáneos de los Reyes Católicos y que durante varios siglos se han mantenido, con notoria injusticia, de uno en otro historiador. Fué preciso que Fernández de ~~XXXXXXXXXX~~ Bethencourt y Rodríguez Villa primero, Sitges después en su libro sobre "Enrique IV y la Excelente Señora", (que no era otra que la infeliz Princesa mal llamada "la Beltraneja"), y últimamente modernos investigadores de la escrupulosidad de Don Antonio Bermejo de la Rica y Don Orestes Ferrara, estudiaran libres de prejuicios aquellos delicados episodios de la vida del último rey de Castilla, para que haya resplandecido, no sólo la inculpabilidad de Don Beltrán de la Cueva en actos que se le imputaron, sino la crisolada fidelidad para su soberano de quien podemos hoy llamar, con frase de Ferrara, "el leal servidor".

La gloria de los Reyes Doña Isabel y Don Fernando es tan grande y tan indiscutida que no necesita favorecerse con mantenimientos de falsedades históricas. Y así hoy, merced a esta rehabilitación plena de Don Beltrán, es su nombre ante todo el mundo ejemplo de lealtad, puesta cien veces a prueba. Como lo fué la del duque de Sesto cerca de Don Alfonso XII. Y he aquí cómo, durante la ceremonia de la boda de una hermana del actual poseedor de tantos y tan ilustres títulos, la imaginación de los viejos invitados pudo emparejar ambas figuras, tan distanciadas en el tiempo, pero de tan análogos sentimientos de altruismo y abnegación.

=====

Terminada la ceremonia, congregáronse los concurrentes en un bosquecillo frontero a la casa, donde se sirvió magnífico almuerzo. Luego, a los acordes de una orquestina, colocada sobre una plataforma, se organizó animado baile, que fué presenciado por buena parte de la población de Algete. Los duques de Alburquerque son muy queridos en aquel pueblo; y fueron muchos los vecinos que acudieron a sumarse a la felicidad de la ilustre familia. Y entre los parabienes que los nuevos esposos recibían antes de salir para Tánger, los sonos de la música moderna y los vivas que más de una vez rasgaron los aires, se deslizó amablemente la tarde en las viejas y señoriales tierras del "Soto de Manzaneque".

DIEGO DE MIRANDA